

JERUSALEM.

Miércoles 7 de Marzo.

Recuerdos.—Casanova.—Fray Segundo Fernandez.—Procurador, custodio, vicario.

¡Jerusalem!..... ¡Santa, misteriosa ciudad!..... ciudad que adoran habitantes de los cuatro ámbitos del mundo; ciudad cuyo nombre escucha el niño en el dulce regazo de su madre; ciudad que aprende á venerar el hombre en los bellos días de su juventud..... Santa, misteriosa ciudad, ¡yo te saludo! Perla del Oriente, reina de las naciones, emporio de las artes, patria de reyes y profetas... ¡qué has hecho?..... La maldición de Dios cayó sobre tí un día, y la maldición de Dios está impresa en tu frente. ¡Por eso los montes que te sostienen se hallan cubiertos de piedras; por eso los campos que te rodean carecen de vegetación; por eso los cedros y los jardines que te hermo­seaban han desaparecido; por eso los arroyos que te fecundizaban se han secado!..... Hay más. ¡Por eso tus oscuras y estrechas calles se encuentran casi desiertas, y los pocos habitantes que por ellas cruzan, vagan melancólicos, con aspecto receloso,

como si algo hubiese que temieran siempre; como si algo hubiese que siempre pesara sobre ellos; como si algo hubiese que nunca pudieran olvidar!... ¡Y qué mucho que esto suceda, Perla del Oriente..... Ciudad Eterna..... misteriosa ciudad!..... Patria de reyes y profetas..... si aún resuena en tus calles, en tus plazas y en tus ejidos, la tremenda voz de Jeremías que grita: *Pecatum peccavit Jerusalem, omnes qui glorificabant eam spreverunt illam, quia viderunt ignominiam ejus..... Gran pecado cometió Jerusalem..... todos los que la glorificaban la despreciaron, porque vieron su ignominia.*

Habiéndonos apeado y habiendo los dragomanes y múcaros tomado los caballos del freno, entramos con el espíritu recogido por la puerta de Jaffa, y dejando atrás aquellos colosales muros, obra de Saladino, cruzamos varias calles, en las que solo nos encontramos alguna mujer armenia con ancho pantalon de color prendido en pliegues á la garganta del pié, con el rostro cubierto con un trapo; y algun musulman que pasaba á nuestro lado, sin dignarse dirigirnos una mirada. Despues de andar quince ó veinte minutos, llegamos á una puerta grande, que se abre en el ángulo entrante de dos muros, y encima de cuya puerta se leen estas palabras: CASANOVA.

Es Casanova una espaciosa y limpia hospedería, que los frailes del convento de San Salvador han construido no léjos de dicho convento, para que en ella se alberguen los peregrinos cristianos, ri-

cos y pobres. En esta hospedería no se exige retribucion alguna por la estancia y comida; pero todos, á no ser los pobres de solemnidad, hacen al marchar una limosna, que cubre los gastos que han ocasionado.

Entramos en Casanova á la vez veinticinco ó treinta viajeros de diferentes naciones; todos fuimos recibidos por el reverendo P. Gúido, natural de Italia; á todos se nos exigió los pasaportes; y como al recibirlos preguntara:—«Quién era el comisionado del gobierno español, y yo le contestára «poniéndome á su disposicion,» me suplicó «que tuviera un poco de paciencia;» y cuando hubo enviado á los demás á sus respectivas celdas, acompañados de dos fámulos jóvenes y rollizos, me suplicó que le siguiera, y él mismo me condujo á la mia.

Es el fraile Gúido un fraile alto, proporcionadamente grueso, muy bien parecido, y de una finura y una galantería que hace más distinguido el dulcísimo idioma de su nacion.

Mi celda, nunca se borrará de mi memoria, consistía en un aposento cuadrado de cuatro metros de largo por otros cuatro de ancho, perfectamente estucado y con una gran ventana frente á la puerta, cuya ventana daba á un patio. A la izquierda de la puerta habia una cama de acero, con mosquitera de gasa blanca; junto á la cabecera de la cama, entre ésta y la puerta, una mesa de noche, y junto al lienzo de la derecha una mesa de pino pintado con todo lo necesario para escribir.

Permitidme, lectores..... permitidme, que despues de la gravísima enfermedad que al regresar de los Santos Lugares he sufrido, dedique un dulce recuerdo á aquel humilde aposento, donde instantes tan solemnes se deslizaron para mí.

Yo me senté en una de las dos sillas de aneas que habia, descansé un momento, y comencé á lavarme, ó mejor, á hacer mi toilette como dirian los franceses, para repartir en seguida las cartas que en Madrid me habia entregado el conde de Casa-Sarria, cuando pegando dos golpes en mi puerta, se abrió ésta, y se presentó un venerable fraile español; me saludó con franca cordialidad y tomó asiento á mi lado. Yo continué arreglándome, y como le dijera—«Que no sabia con quien tenia el gusto de hablar,» me contestó—«Que era fray Segundo Fernandez, procurador general de Jerusalem.» El cargo de *procurador* en los Santos Lugares, que ha de recaer siempre en un español, es uno de los tres cargos de primera jerarquía; siendo otro el de *custodio*, que ha de ejercerlo siempre un italiano, y otro el de *vicario*, que ha de desempeñarlo siempre un francés. Despues de algunos minutos de conversacion sobre las cosas de España, me preguntó—«Si queria descansar,» y yo le contesté—«Que lo que deseaba era ver cuanto ántes el Santo Sepulcro.» Él se ofreció á acompañarme; y yo acepté su ofrecimiento; y saliendo los dos de la celda y del edificio, tomando una calle estrecha, pendiente y bien empedra-

da, que despues he sabido se llama HARAT EL NASSA, *calle de los cristianos*, nos dirigimos al templo que encierra los principales monumentos, los más grandes tesoros del cristianismo.

VISITA AL SANTÍSIMO SEPULCRO.

Miércoles 7 de Marzo.

La entrada en el templo.—Los tres musulmanes.—La piedra de la unción.—La gruta del Santísimo Sepulcro.—Una flor de narciso.—El Calvario.—El agujero donde estuvo enclavada la Cruz de Cristo.—El lugar donde crucificaron á Jesus.—El lugar donde la Santísima gen y S. Juan estuvieron mientras Jesus pendió de la Cruz.—El lugar donde estaba la Virgen, cuando pusieron en sus brazos á Jesus muerto.—Una carta á mi mujer.

Yo escribo este libro sin artificio alguno retórico; en él me propongo consignar las visitas que hice á los Santos Lugares, tal como las hice; con él trato de producir, si me es posible, en el ánimo del lector las profundas y variadas emociones que aquellos venerables lugares produjeron en el mio. Este es mi único objeto. La visita á la Tierra Santa ha sido la ilusión de mi vida desde los albores de mi juventud; desde aquellos momentos llenos

de dulzura, en que mi padre me enseñó entre las flores de mi jardín las primeras nociones de la Historia Sagrada; ¡deliciosos momentos cuyo néctar no se aprecia hasta mucho tiempo despues de haberse estinguido; mágicos instantes, que pasan una vez para no volver jamás! En la tumba descansan ya mis queridos padres..... y mi juventud camina tambien hácia la tumba; ¡la tumba es el paradero de todo lo criado!

Absorto en mis meditaciones, salí de Casanova con el procurador fray Segundo Fernandez, y absorto en ellas, seguí con él por la *calle de los cristianos*, la más limpia que he visto en Jerusalem, pero tan solitaria y triste como todas las demás. La soledad y la tristeza son el patrimonio de aquella portentosa ciudad. Concluida la calle doblamos á la izquierda y nos encontramos en una pequeña plaza tambien empedrada, donde algunos ancianos moros, algunos egipcios y algunos griegos, sentados unos y otros en el suelo, vendian brazaletes de cristal, jabon y otras pequeñeces de poco valor, con que se adornan y perfuman las mujeres de aquel país, tan rico y tan esplendoroso en otro tiempo. La testera de aquella irregular plaza se encuentra formada por la majestuosa fachada de un grandioso templo bizantino con dos grandes puertas separadas entre sí por una pilastra, una de cuyas puertas está tabicada con grueso muro de piedra sillar, mientras que la otra, la de la izquierda, yendo hácia ella, está abierta.—Ese es